

### CAPITULO III

---

#### Las amnesias parciales

##### I

El estudio de las amnesias parciales supone, ante todo, algunas observaciones sobre el estudio de las *variedades* de la memoria. Sin estas notas preliminares, los hechos que vamos á exponer parecerán inexplicables y hasta un poco maravillosos. Que un hombre pierda sólo la memoria de las palabras; que olvide una lengua y conserve las otras, ó bien que, una lengua olvidada hace tiempo, se recuerde de pronto; que quede privado de su memoria musical y sólo de ella, son acontecimientos tan extraños á primera vista, que si no hubiesen sido comprobados por los observadores más escrupulosos, nos inclinariamos á colocarlos entre las fábulas. Si, por el

contrario, se ha formado una idea exacta de lo que hay que entender por esta palabra, memoria, todo lo maravilloso desaparece, y estos hechos, lejos de sorprender, aparecen como la consecuencia natural, lógica de un influjo morboso.

El empleo de la palabra memoria, como término general, es de una exactitud extraordinaria. Designa una propiedad común á todos los seres que sienten y piensan: la posibilidad de conservar las impresiones y de reproducirlas. Pero la historia de la psicología demuestra que hay tendencia á olvidar que este término general, como cualquiera otro, no tiene realidad más que en casos particulares; que la memoria se resuelve en *memorias*, como la vida de un organismo se resuelve en la vida de los órganos, de los tejidos, de los elementos anatómicos que lo componen. «El antiguo error, aún admitido, que consiste en tratar la memoria como una facultad ó una función independiente que tuviera un órgano ó un asiento distinto, viene, dice un psicólogo contemporáneo, de la incurable tendencia á personificar una abstracción. En vez de reconocer que es una expresión abreviada para designar lo que es común á todos los hechos concretos de recuerdo ó á la suma de estos hechos, muchos autores le suponen una existencia independiente (1).

(1) Lewes, *Problems of Life and Mind*, 5.º vol., pág. 119.

Mientras que la experiencia vulgar ha notado, desde hace mucho tiempo, la desigualdad natural de las diversas formas de la memoria en el mismo hombre, los psicólogos no se han preocupado de ello, ó lo han negado *à priori*. Dugald Stewart afirma seriamente «que estas diferencias, que nos chocan, deben ser atribuidas en gran parte á diferencias de hábito en el empleo de la atención ó á la elección que hace el espíritu entre los acontecimientos ó los objetos ofrecidos á la curiosidad (1). Gall es el primero que, reaccionando contra esa tendencia, asigna á cada facultad su memoria propia y niega la existencia de la memoria como facultad independiente (2).

La psicología contemporánea, más cuidadosa que la antigua de no omitir nada, más preocupada de las excepciones que instruyen, ha recogido un número considerable de hechos que no dejan duda sobre la desigualdad natural de las memorias en el mismo individuo. Taine ha dado numerosos y excelentes ejemplos de ello. Recordemos los pintores, como Horacio Vernet y Gustavo Doré, que pueden hacer un retrato de memoria; los jugadores de ajedrez, que juegan mentalmente una ó varias partidas; los pequeños

(1) *Philosophie de l'esprit humain*, t. I, pág. 310.

(2) Gall, *Fonctions du cerveau*, t. I.

calculadores prodigios, como Zerah Collburn, que «ve sus cálculos delante de sus ojos» (1); el sujeto citado por Lewes, que «después de haber recorrido una calle de media milla de larga, podía enumerar todas las tiendas en su posición relativa»; Mozart escribiendo el *Miserere* de la capilla Sixtina, después de haberle oído dos veces. Véase, para más pormenor, los tratados especiales (2), puesto que aquí no tenemos que estudiar esta cuestión. Basta que el lector tenga estas desigualdades de la memoria por bien establecidas. Veamos cómo se explican; veremos en seguida lo que explican.

¿Qué suponen estas memorias parciales? El desarrollo particular de un cierto sentido con las estructuras anatómicas que de él dependen.

Para mayor claridad, elijamos un caso determinado: una buena memoria visual. Tiene por condición una buena estructura del ojo, del nervio óptico y de las partes del encéfalo que concurren al acto de la visión, es decir (según las

(1) He tenido ocasión de notar que muchos calculadores no ven sus cifras ni sus cálculos, pero los «oyen». Importa poco para nuestra tesis que las imágenes sean visuales ó auditivas.

(2) Taine, *De la Inteligencia*, t. I, primera parte, lib. II, cap. I, párrafo 1.º; Luys, *Le cerveau et ses fonctions*, página 120; Lewes, *loc cit.*

nociones anatómicas generalmente admitidas), de ciertas porciones de la protuberancia, de los pedúnculos, de los tálamos ópticos, de los hemisferios cerebrales. Estas estructuras, superiores por hipótesis al promedio, están perfectamente adaptadas para recibir y transmitir las impresiones. Por consiguiente, las modificaciones que sufren los elementos nerviosos, así como las asociaciones dinámicas que se forman entre ellos (y en que están, como hemos repetido muchas veces, las bases de la memoria) deben ser más estables, más claras, más fáciles de reavivar que en otro cerebro. En suma, decir que un órgano visual tiene una buena constitución anatómica y fisiológica es decir que presenta las condiciones de una buena memoria visual.

Puede irse más allá y hacer notar que este término «una buena memoria visual» es aún demasiado amplio. La observación diaria ¿no nos enseña que uno se acuerda mejor de las formas y otro de los colores? Es verosímil que la primera memoria dependa, sobre todo, de la sensibilidad muscular del ojo, y la segunda de la retina y de los aparatos nerviosos que con ella se relacionan.

Estas observaciones son aplicables al oído, al olfato, al gusto y á esas diversas formas de la sensibilidad que se comprenden bajo el nombre general de tacto; en una palabra, á todas las percepciones de los sentidos.

Si se reflexiona en las relaciones íntimas que existen entre los sentimientos, las emociones, la sensibilidad en general y la constitución física de cada hombre, si se considera hasta qué punto estos estados físicos dependen de los órganos de la vida animal, se comprenderá que estos órganos desempeñen en muchos respectos el mismo papel para los sentimientos, que los órganos de los sentidos para las percepciones. Á causa de las diferencias de constitución, las impresiones transmitidas pueden ser débiles, intensas, estables, fugitivas, otras tantas condiciones que modifican la memoria de los sentimientos. La preponderancia de un sistema de órganos (los de la reproducción, por ejemplo), crea una superioridad para un grupo de recuerdos.

Quedan los estados psíquicos de un orden superior; las ideas abstractas, los sentimientos complejos. No pueden relacionarse inmediatamente á ningún órgano; el asiento de su producción y de su reproducción no ha podido localizarse hasta ahora de una manera precisa. Pero como resultan, sin duda alguna, de una asociación, ó de una disociación de estados primitivos, no tenemos razón alguna para suponer que, en lo que les concierne, las cosas pasan diferentemente.

Todo lo que precede puede, pues, resumirse en estos términos: En el mismo hombre, un des-

arrollo desigual de los diversos sentidos y de los diversos órganos, produce modificaciones desiguales en las partes apropiadas del sistema nervioso, y por tanto condiciones desiguales de recuerdo y variedades de memoria. Es también verosímil que la desigualdad de memoria, en el mismo hombre, sea la regla, no la excepción. Como no tenemos procedimientos exactos para dosificarlos separadamente y compararlos entre sí, no ofrecemos lo que precede sino como una conjetura, sin poder de todos modos renunciar á creer que no se aprecien todos los casos de desigualdad, sino simplemente los que denotan una gran desproporción. —El antagonismo que existe entre diversas formas de memoria nos proporcionaría aún una prueba indirecta: este es un punto sobre el cual podrían hacerse curiosas investigaciones; pero excede de nuestro asunto (1). —En fin, que no sea una objeción el influjo de la educación. Claro es que hay que atribuirle mucho; pero la educación apenas se aplica más que á los dones que la naturaleza pone ya de relieve; y, por lo demás, en ciertos casos, la verdad es que no ha podido desempeñar ningún papel.

En psicología, como en toda ciencia de hechos, la experiencia es la que decide en último

(1) Sobre el antagonismo de las memorias, véase H. Spencer, *Principes de Psychologie*, t. I, págs. 232-242.

caso. Notemos, sin embargo, que la independencia relativa de las diversas formas de la memoria habría podido establecerse con el solo razonamiento. Es, en efecto, un corolario de las dos proposiciones generales que siguen: 1.º Todo recuerdo tiene su asiento en ciertas partes determinadas del encéfalo. 2.º El encéfalo y los hemisferios cerebrales mismos «consisten en un cierto número de órganos totalmente diferenciados, cada uno de los cuales posee una función, permaneciendo, no obstante, en la más íntima conexión con los demás». Esta última proposición está admitida actualmente por la mayor parte de los autores que estudian el sistema nervioso.

Temo insistir demasiado. En la fisiología, en efecto, la distinción de las memorias parciales es una verdad corriente (1); pero en la psicología, el método de las «facultades» ha tenido tanto éxito para hacer considerar la memoria como una unidad, que la existencia de las memorias parciales ha sido completamente olvidada ó to-

(1) Véase en particular Ferrier, *Fonctions du cerveau*. Gratiolet (*Anat. comparée*, etc., t. II, pág. 460), hacía ya notar «que á cada sentido corresponde una memoria que le es correlativa y que la inteligencia tiene, como el cuerpo, sus temperamentos, resultado del predominio de tal ó cual orden de sensaciones en los hábitos naturales del espíritu».

mada por una anomalía. Había que traer al lector, á la realidad, recordarle que no hay, en último análisis, más que memorias especiales, ó, como dicen ciertos autores, *locales*. Aceptamos sin dificultad esta última denominación, con tal de que no se olvide que se trata aquí de una localización diseminada, según esa hipótesis de las asociaciones dinámicas, de que hemos hablado con tanta frecuencia. Se ha comparado muchas veces la memoria á un almacén en que todos nuestros conocimientos se conservan como en estantes. Si se quiere mantener esta metáfora habría que presentarla bajo una forma más activa: comparar, por ejemplo, cada memoria particular á una sección de empleados encargados de un servicio especial, exclusivo. Una de estas secciones puede suprimirse sin que el resto del servicio se resienta de un modo notable. Esto es lo que sucede en los desórdenes parciales de la memoria.

Después de estas observaciones preliminares entremos en la patología. Si las diversas formas de la memoria tienen en el estado normal una independencia relativa, es natural que en el estado morboso desaparezca una forma, quedando intactas las otras. Este es un hecho que debe ya parecernos sencillo y no exigir ninguna explicación, puesto que resulta de la naturaleza mis-

ma de la memoria. Es verdad que muchos desórdenes parciales no se limitan á un solo grupo de recuerdos, y de ello no hay que asombrarse si se reflexiona en la solidaridad íntima de todas las partes del cerebro, de sus funciones y de los estados psíquicos con ellas relacionados. Encontraremos, sin embargo, cierto número de casos en que la amnesia está bien limitada.

Un estudio completo de las amnesias parciales consistiría en recoger una tras otra las diversas manifestaciones de la actividad psíquica y en demostrar, por medio de ejemplos, que cada grupo de recuerdos puede desaparecer, temporal ó definitivamente. Estamos bien lejos de poder llenar ese plan. Ni aun podemos decir si ciertas formas no son jamás atacadas parcialmente y no desaparecen sino en el caso de la disolución completa de la memoria. Es preciso resignarnos á esperar del porvenir documentos patológicos más amplios y más concluyentes.

Propiamente hablando, no existe más que una forma de amnesia parcial que pueda estudiarse á fondo: la de los signos (signos hablados y escritos, interjecciones, gestos). Esta forma es rica en hechos de todos géneros, y explicable por la ley formulada más arriba. Reservándola para su estudio aparte, vamos á resumir lo que se sabe de las demás amnesias parciales.

«Algunas personas, dice Calmeil (1), han perdido la facultad de reproducir ciertos tonos ó ciertos colores y se ven reducidas á renunciar á la música ó á la pintura». Otras, pierden sólo la memoria de los números, de las caras, de un idioma extranjero, de los nombres propios, de la existencia de sus más próximos parientes. Vamos á presentar algunos ejemplos.

Se ha citado con frecuencia el caso de Holland, que él mismo ha referido en su *Mental Pathology* (pág. 160): «Había yo bajado en el mismo día á dos minas profundas del Harz. Estando en la segunda me sentí tan agotado por la fatiga y la inanición que me fué completamente imposible hablar con el inspector alemán que me acompañaba. Todas las palabras, todas las frases de la lengua alemana se habían escapado de mi memoria y no pude recobrarlas hasta después de haber tomado un poco de alimento y de vino, y de haber descansado un rato».

Este caso, que es el más conocido, no es el único. El Dr. Beattie refiere que uno de sus amigos, que recibió un golpe en la cabeza, olvidó todo lo que sabía de griego, pero que para todo lo demás no parecía que su memoria hubiese sufrido lo más mínimo. Esta pérdida de los idiomas adquiridos por el estudio, se ha ob-

(1) *Dictionnaire en trente volumes*. Art. Amnesie.

servado frecuentemente como resultado de diversas fiebres.

«Lo mismo sucede con la música. Un niño, que se dió un golpe violento en la cabeza, estuvo tres días sin conocimiento. Al volver en sí había olvidado todo lo que sabía de música. Eso era lo único que había perdido» (1).—Hay casos más complicados. Un enfermo que había olvidado por completo el valor de las notas musicales, podía tocar una pieza después de haberla oído. Otro podía escribir las notas, y aun componer y reconocer una melodía por la simple audición; pero era incapaz de tocar mirando las notas (2).—Estos hechos que nos muestran la complejidad de nuestras operaciones mentales, en apariencia las más sencillas, serán estudiados más adelante (3).

En ciertos casos se ven desaparecer momentáneamente los recuerdos mejor organizados, los más estables, mientras que otros, que ofrecen el mismo carácter, permanecen intactos. Así Abercrombie refiere que un cirujano, que se cayó de su caballo y se hirió en la cabeza, cuando volvió en sí dió las más minuciosas instrucciones á los que habían de curarle. En cambio no se acorda-

(1) Carpenter, *Mental Physiology*, pág. 443.

(2) Kussmaul, *Die Störungen der Sprache*, pág. 181; Proust, *Archives générales de médecine*, 1872.

(3) Véase el párrafo 2.º

ba de que tenía mujer é hijos, y este olvido le duró tres días (1). ¿Hay que explicar este hecho por el automatismo mental? El cirujano, medio insensible aún, recobra sus conocimientos profesionales.

Ciertos enfermos pierden completamente la memoria de los nombres propios, aun del suyo mismo. Veremos más adelante, al estudiar la amnesia de los signos en su evolución completa—lo que puede verse por lo demás en los viejos—que los nombres propios son los que siempre se olvidan más pronto. En los casos siguientes este olvido era el síntoma del reblandecimiento cerebral.

Un hombre que no podía encontrar el nombre de su amigo se vió reducido á conducir á su interlocutor ante la puerta, en que ese nombre estaba inscripto sobre una placa de cobre. Otro, después de un ataque de apoplejía, no podía recordar el nombre de ninguno de sus amigos, pero los designaba correctamente por la edad de cada uno.—M. von B..., embajador en Madrid, después en San Petersburgo, tuvo, al entrar en una visita, que decir su nombre á los criados; lo busca en vano; se dirige á su compañero: «Por amor de Dios, dígame usted quién soy yo». Esta pre-

(1) Abercrombie. *Essay on intellectual Powers*, pág. 156.

gunta excitó la risa. Insistió en preguntarlo, y la visita terminó allí (1).

En otros, el ataque de apoplejía no va seguido de amnesia de *nombres*.—Un viajero, expuesto al frío mucho tiempo, experimentó un gran debilitamiento de la memoria. No podía calcular por sí mismo, ni retener durante un minuto el menor cálculo.

El olvido de las fisonomías es frecuente. No es de extrañar esto, sabiendo que, en el estado normal, tienen muchas personas esta forma de memoria muy poco desarrollada, muy inestable; y además que debe ser resultado de una síntesis mental bastante compleja. Louyer Villermay da de ello un ejemplo bastante curioso: «Un anciano que, estando con su mujer, se imaginaba estar en casa de una señora á la que en otro tiempo consagraba todas sus noches, le repetía constantemente: «Señora, no puedo detenerme más; es preciso que me vuelva al lado de mi mujer y de mis hijos (2).

«Conocí íntimamente desde mi infancia, dice Carpenter, á un sabio notable. Á los setenta años era todavía muy vigoroso, pero su memoria co-

(1) Vinslow, págs. 266-269. Se encontrarán en la misma obra otros muchos casos de este género.

(2) Louyer Villermay, *Diction. scienc. méd.*, art. *Memoire*.

menzó á declinar. Olvidaba, sobre todo, los hechos más recientes y las palabras poco usadas. Aunque continuaba frecuentando el Museo Británico, la Real Sociedad y la Sociedad de Geología, no podía llamarlas por sus nombres; las designaba con el término «ese lugar público». Seguía visitando á sus amigos, los reconocía en sus casas y en los sitios donde tenía costumbre de encontrarlos (como en las sociedades científicas); pero no en otras partes. Le encontré un día en casa de uno de nuestros más antiguos amigos, que reside ordinariamente en Londres, pero que entonces se encontraba en Brighton. No me reconoció en la casa, ni tampoco cuando estuvimos fuera... Su memoria continuó disminuyendo y murió de un ataque de apoplejía». (Obra citada, pág. 445).

En esta observación hay á la vez amnesia de los nombres propios y amnesia de las fisonomías; pero lo más curioso es el papel que aquí desempeña la ley de contigüidad. El reconocimiento de las personas no se efectúa por sí mismo, por el solo hecho de su presencia. Para que se verifique, es preciso que sea sugerido, ó más bien ayudado, por la impresión actual de los lugares en que se presentan habitualmente. El recuerdo de estos sitios, fijado por experiencias de toda la vida, y que llega á ser casi orgánico, permanece estable. Sirve de punto de apoyo para evocar



otros recuerdos. El nombre de «esos lugares públicos» no se reaviva; la asociación entre el objeto y el signo es demasiado débil. Pero el reconocimiento de las fisonomías se efectúa, porque depende de una forma de asociación muy estable: la contigüidad en el espacio. La única categoría de recuerdos que haya sobrevivido ayuda á renacer á otra categoría que por sí misma y reducida á sus solas fuerzas, no lo conseguiría.

Sería fácil hacer una enumeración más larga de las amnesias parciales, pero no tendría ventajas para el lector. Basta haberle hecho comprender, mediante algunos hechos, en qué consisten.

Es natural preguntarse si las formas de la memoria, que la enfermedad desorganiza para siempre ó suspend etemporalmente, son las mejor establecidas, ó por el contrario, las más débiles. No es posible responder á tal pregunta de una manera positiva. Á no consultar más que la lógica, parece que los influjos morbosos deberían seguir la línea de la menor resistencia. Los hechos parecen confirmar esta hipótesis. En la mayor parte de las amnesias parciales, las formas atacadas de la memoria son las menos estables. No conozco, al menos, un solo caso en que, habiéndose suspendido ó abolido alguna forma orgánica, las formas superiores hayan

quedado intactas. Sería, no obstante, temerario afirmar que esto no haya ocurrido nunca.

Á la cuestión planteada no podemos responder más que por una hipótesis, hasta más amplia información. Sería, por lo demás, contrario al método científico referir en conjunto á una ley única casos heterogéneos, dependiente cada uno de especiales condiciones. Se necesitaría un estudio profundo de cada caso y de sus causas antes de poder afirmar que todos son reductibles á una forma única. El problema está actualmente demasiado oscuro para que pueda hacerse este trabajo.

Las mismas observaciones son aplicables al mecanismo según el cual estas amnesias se producen. Desde luego, nada sabemos del mecanismo fisiológico propio de cada forma. Por este lado, nos falta todo medio de explicación. En cuanto al mecanismo psicológico, he aquí lo que puede suponerse. Hay entre las amnesias parciales que nos ocupan dos casos principales: destrucción, suspensión. El primer caso es el resultado inmediato de la desorganización de los elementos nerviosos. En el segundo, cierto grupo de elementos queda temporalmente aislado é impotente; en términos psicológicos, fuera del mecanismo de la asociación. El hecho citado por Carpenter sugiere esta explicación. La solidaridad íntima que existe entre las diversas partes

del encéfalo, y por consiguiente entre los diversos estados psíquicos, persiste en general. Sólo estos grupos, con la suma de recuerdos que representan, se hallan en cierto modo inmovilizados, inaccesibles á la acción de los demás grupos, incapaces, durante cierto tiempo, de volver á entrar en la conciencia. Tal estado no puede resultar sino de condiciones fisiológicas, que escapan á nuestra investigación.

## II

Hemos reservado para un estudio particular cierta forma de amnesia parcial: la de los *signos*, palabra que empleamos en su más amplio sentido, es decir, como comprensiva de todos los medios de que el hombre dispone para expresar sus sentimientos é ideas. Es este un asunto bien limitado, rico en hechos á la vez semejantes y diferentes, puesto que tienen un carácter psicológico común, el de ser signos, y, sin embargo, difieren en cuanto á su naturaleza; signos vocales, escritura, gestos, dibujo, música. Son fácil y frecuentemente observables, bien localizados, y por su variedad se prestan á la comparación y al análisis. Veremos, además, que esta clase de amnesias parciales comprueba de un modo no-

table la ley de disolución de la memoria, que hemos expuesto en el capítulo precedente bajo su forma más general.

Hay que evitar, ante todo, una mala inteligencia. El lector podrá creer que vamos á estudiar la afasia: nada de eso. En la mayor parte de los casos, la afasia supone, es cierto, un desorden de la memoria, pero con alguna otra cosa además; ahora bien, aquí sólo los desórdenes de la memoria nos interesan. Los trabajos que vienen haciéndose, desde hace cuarenta años, sobre las enfermedades del lenguaje, han demostrado que con el sólo término de afasia se designan casos muy diferentes. Y es que siendo la afasia, no una enfermedad, sino un síntoma, varía según las condiciones morbosas que la producen. Así ciertos afásicos están privados de todo modo de expresión; otros pueden hablar y no escribir, ó inversamente escribir, pero no hablar; la pérdida de los gestos es más rara. Á veces el enfermo conserva un vocabulario bastante extenso de signos vocales y gráficos; pero habla y escribe en constante contrasentido (casos de parafasia y paragrafia). Á veces no comprende ya el sentido de las palabras, escritas ó habladas, aunque el oído y la vista estén sanos (casos de sordera y de ceguera verbales). La afasia es ya permanente, ya transitoria. Con frecuencia va acompañada de hemiplejía. Esta hemiplejía, que